



Narrativas de una ciencia de la integridad

Por: Maria da Conceição Xavier de Almeida



"La construcción del conocimiento es una construcción que, por cierto, es siempre incierta porque el sujeto está dentro de la realidad que trata de conocer. No existe el punto de observación absoluto ni el metasisistema absoluto. Existe la objetividad. Ahora bien, la objetividad absoluta, al igual que la verdad absoluta, es un engaño."

(Morin, Ciurana y Motta)

RESUMEN: La defensa de una escritura des-subjetivizada de la ciencia se acondiciona en los nichos de pensamiento patológico de la racionalización. A pesar de que las ciencias modernas, nacidas en el siglo XVII, tenían consagrado el mito de neutralidad científica y un conocimiento desencarnado, todo lo que es descrito por ellas es fruto de la experiencia de un sujeto inmerso en una realidad dada. Es siempre de su experiencia que hablan el autor, el escritor o el científico. No obstante, para caracterizar un fenómeno de nuestro tiempo, pensadores marcados por la consciencia de la *indisociación* entre vida y escritura expresarán, con vigor, la relación del sujeto con el fenómeno del cual se trata. *"La palabra es mitad de aquel que la dice y mitad de quien la escucha"*, dirá Michel de Montaigne en *Ensayos*. El astrofísico Hubert Reeves acentúa que todas las consideraciones, argumentos y respuestas de los científicos "sólo pueden ser personales". También el químico belga-ruso Ilya Prigogine argumenta en favor de la subjetivación del científico una vez que, para él, la triada ciencia, razón y pasión es una contingencia del proceso creativo en la ciencia. Tal vez sea Edgar Morin el pensador contemporáneo que exponga con mayor radicalidad ese ejercicio del sujeto implicado en el conocimiento. Sea en escritos considerados autobiográficos, como *Mis Demonios*; o en sus

diarios (Un año Sísifo; Amar, llorar, reír y entender; X de la cuestión: la flor bajo la piel), o en su obra seminal *El Método*, compuesta de seis tomos, ese artesano del pensamiento complejo expone, muchas veces sin mediación, su interioridad, sus desencantos, sus *insights*, sus indeterminaciones. Dirá él, en *Mis Demonios*, "no soy de aquellos que tienen una profesión, sino de aquellos que tienen una vida". Con base en esos pensadores, se discute la importancia de la ciencia de asumir, definitivamente, su naturaleza compleja.

PALABRAS-CLAVE: Narrativa de la ciencia; sujeto; complejidad.

INTRODUCCIÓN: ciencia y subjetividad

El conocimiento científico es una construcción humana. Por eso, distinguiéndose de otras narrativas por un método cuyo rigor es insistentemente profesado y defendido, la ciencia también gesta y alimenta mitos. Dos de ellos, y tal vez los que mejor caracterizan la consolidación de las ciencias modernas, nacidas en el siglo XVII, son los mitos de neutralidad y de objetividad. Liberarse de los aspectos subjetivos durante la pesquisa; producir análisis que se restrinjan a enunciar los fenómenos como ellos 'realmente son', y construir interpretaciones desprovistas de los valores y visiones de mundo del observador son algunos de los principios refrendados por los idearios de una ciencia de la asepsia; destituida de sujetos; purificada de los afectos, iras, marcas inconscientes, ideologías y valores éticos de los cuales se nutren - queramos o no - estudiantes, profesores e investigadores de todos los tiempos y lugares.

Tan luego ultrapasamos nuestra iniciación en los códigos del conocimiento formal escolar - alfabetización, asimilación de los contenidos de diversas disciplinas - y, sobretodo, cuando nos es otorgado el derecho de iniciarnos en la actividad de

1 Maria da Conceição de Almeida es Antropóloga. Profesora de los Programas de Pos-Graduación en Educación y en Ciencias Sociales de la Universidad Federal de Río Grande del Norte - Brasil. Coordinadora del Grupo de Estudios de la Complejidad - GRECOM/UFRN. Miembro de la Asociación para el Pensamiento Complejo - APC, dirigida por Edgar Morin (París), miembro de la Cátedra Itinerante UNESCO "Edgar Morin" para el pensamiento complejo - CIUM, dirigida por Raúl D. Motta, con sede en la Universidad Del Salvador/ Instituto Internacional para el Pensamiento Complejo - IIPC.

Observación: este texto cuya vehiculización al español fue autorizado por su autora, está publicado en portugués en el libro "Autobiografias, histórias de vida e formação: pesquisa e ensino". Organização de Elizete Clementino de Souza. Porto Alegre-Brasil: EDPUCRS, 2006.

* Traducción al español: Ana Cecilia Espinosa Martínez.



investigación, somos llevados a ingerir un conjunto de normas y modos de investigación que destacan la separación entre un sujeto soberano y un objeto inerte, pero dispuesto a hablar tan luego sea tocado por el sujeto. Todo pasa como si el sujeto fuese un mero traductor de lo que está fuera de sí. Tal separación tiene por supuesto una realidad ya dada, a ser descubierta, manipulada (analizada) y, por fin, conocida. Ese duro y frío protocolo corresponde, de hecho, a un paradigma propio de ciencia occidental moderna el cual está lejos de representar las vicisitudes e idiosincrasias de los saberes y *haceres* de la práctica científica.

Diferentemente de lo que es anunciado en las aulas de ciencia y metodología de investigación, científicos e investigadores ven el mundo a partir del lugar de un observador constituido por su subjetividad, sus experiencias de vida, sus saberes acumulados, su cultura, su historia personal. *"Todo lo que sabemos, sabemos por nuestra propia experiencia"*, dice Erwin Schrödinger (1887-1961), célebre físico austriaco, Premio Nobel de Física de 1933. El relato de su trayectoria intelectual en el texto *Fragmentos Autobiográficos*, escrito en 1960, muestra bien como su interés por la biología y por la física emerge del rico contexto de experiencias diversas, que incluyen el ambiente familiar, los amigos, los viajes, el clima cruel de la guerra de 1914, las lecturas. Tal vez porque tuviese conciencia de que el contexto y las experiencias vividas están en la raíz de las teorías e interpretaciones construidas, el autor del clásico ensayo sobre *¿Qué es la vida?* puede, con tenacidad y claridad, discutir la exclusión del sujeto en la ciencia.

En el conjunto de las "Conferencias de Tamer", que tienen por título *Mente y materia*, Schrödinger problematiza el principio de la objetividad. Para él, por medio de ese principio, "excluimos el sujeto cognoscente del dominio de la naturaleza que nos esforzamos por entender. Retrocedemos para el papel de un espectador que no pertenece al mundo,

el cual, por ese mismo procedimiento, se torna un mundo objetivo" (SCHRÖDINGER, 1977, p. 132). O sea, el principio de objetivación en la ciencia se sustenta como condición del sujeto concebido separado de la naturaleza, del mundo a su alrededor. Schrödinger relativiza tal principio, una vez que, dice él, *"mi propio cuerpo (al cual mi actividad mental está tan directa e íntimamente vinculada) forma parte del objeto (el mundo en torno de mí) que construyo a partir de mis sensaciones, percepciones y memorias"* (Idem). Ya sea que se trate de meta-argumentos atinentes a una fenomenología general, las reflexiones de ese físico prefiguran, ya en los años 50 del siglo pasado, una crítica importante a la separación entre el sujeto que conoce y el objeto del cual se ocupa el investigador.





Ciertamente, es el biólogo chileno Humberto Maturana (1928) quien trata más directamente de deshacer el tan celebrado mito de la realidad objetiva. Para él, la palabra *realidad* debe ser puesta *entre paréntesis*, una vez que todo lo que es dicho sobre un fenómeno es construido a partir de un observador en su relación con el medio exterior, relación esta que pasa por su visión de mundo y sus valores. Teniendo como base el concepto de *autopoiesis*, construido en compañía de Francisco Varela (1946-2001), Maturana rediscute las bases biológicas de la cognición humana, realzando el papel central del sujeto-observador. De ahí, el porqué, para él, sobre una misma "realidad", sujetos con experiencias de vida y valores distintos comprenden de maneras diferentes, a veces antagónicas y opuestas (MATURANA, 1977; 1998; 1999; 2001).



Resguardadas las importantes pesquisas y argumentos de Maturana, que inciden en una crítica radical al principio de objetividad y, de forma más completa, aceptando los descubrimientos de la física cuántica, que tienen por hipótesis central distintos niveles coexistentes de realidad, centramos nuestra atención en la naturaleza subjetiva de la narrativa de la ciencia. Avanzando en esa dirección, es importante señalar que la defensa de la objetividad, de la neutralidad del investigador y de un saber destituido de las marcas del autor-sujeto son parte de un método que fue repetidamente diseminado en las escuelas y

universidades.

Como sabemos, siendo un producto de la cultura, la ciencia es también un tipo de conocimiento tornado hegemónico en una sociedad capitalista y utilitaria, teniendo en la estandarización una base importante de su consolidación. La estandarización - otra forma de decir la negación a todo lo que es diverso - acaba por celebrar una práctica científica monolítica, voraz en nivelar a los individuos, en subsumir sus individualidades, en culturalizar un modelo único de conocer y narrar. Por consecuencia, se elige una axiomática de hacer que prima por imponer una *monocultura de la mente*, como denuncia Vandana Shiva (1952). Del punto de vista de la narrativa de la ciencia, la *monocultura de la mente* impone una gramática des-subjetivada, fría y supuestamente impersonal. Para dar un ejemplo: sabemos cómo a los pos-graduandos se les solicita (por las normas y reglas de los manuales, o por los orientadores) narrar sus pesquisas y reflexiones en la tercera persona del plural en infinitivo. Ahora, la impersonalidad, al mismo tiempo en que amezquina la singularidad de las narrativas, funda, por otro lado, un discurso de autoridad capaz de, a veces, desautorizar cualquier otra concepción. Ese patrón monolítico de narrativa muerta, porque sin sujeto se acaba por librar al autor de su compromiso con lo que es dicho, es lo que se constituye, en última instancia, en una puerta abierta para el distanciamiento ético del investigador con su mundo.

Así mismo, a pesar de la tentativa de defender una ciencia amputada del sujeto, son innumerables las publicaciones que explicitan la imbricación del ser del autor en las palabras, argumentos y textos que materializan la producción de conocimiento científico. Aunque sean clasificadas como publicaciones ensayísticas y *ad hoc*, separadas de la obra por la cual el científico era consagrado, son ejemplares los libros o colecciones que exhiben la cara un poco más completa de Galileo Galilei, Albert Einstein, Guttenberg, Karl Marx y Werner



Heisenberg, entre otros. Esas publicaciones son, a veces, discriminadas como 'obras de divulgación científica', lo que demuestra cuánto el paradigma de la reducción se previene contra la contaminación del sujeto. Vivas y dinámicas, ellas descubren los contextos, eventos, obstinaciones y circunstancias afectivas al interior de las cuales los escultores de la ciencia organizan su pensamiento. A pesar de consideradas obras ilustrativas, tales narrativas exponen el lado vivo de una ciencia llevada a efecto por las personas de carne y hueso, minadas por sus euforias, pesimismo, obsesiones y emociones.

El libro *Ciencia, orden y creatividad* (1989), del físico David Bohm (1917-1994), corrobora el argumento de *indisociación* entre el sujeto que conoce y las ideas que elabora. Para el autor, somos parasitados por un conjunto de valores personales y circunstancias psicológicas que se organizan en una *infra-estructura tácita de ideas y conceptos*. Incluso si el conjunto de los axiomas y argumentos del libro se dirige a la discusión de cómo ultrapasar los obstáculos de la *infra-estructura tácita*, no es posible visualizar la situación ideal de un sujeto que se desenrede, por completo, de los patrones cognoscentes y de las creencias que lo parasitan inconscientemente. Los antiguos valores y modos de conocer se constituyen, como quiere el autor, en tranquilizantes para el sujeto que acaba por hacer asociaciones equivocadas. De cualquier forma, aunque tengamos que considerar la necesidad de poner en diálogo nuestras creencias y visiones de mundo, es siempre a partir de un patrón psico-subjetivo que comprendemos el mundo que nos rodea.

Pero algunas referencias son emblemáticas a ese respecto. En primer lugar los libros *Cómo veo el mundo y Escritos de madurez* (1981 y 1994), dos colecciones de aulas, conferencias y artículos de Albert Einstein (1879-1955). Ahí, el gran físico expone sus angustias en relación con la organización bélica del mundo, sus valores éticos, su preocupación sobre la formación de los jóvenes,

las circunstancias en las cuales elaboró su teoría respecto del tiempo.

Por su parte, Werner Heisenberg (1901-1976), en el libro *La parte y el todo* (1986), expone una dinámica eminentemente coloquial, afectiva y tensa que teje el contexto de fabricación de la ciencia. Una ciencia tejida por sujetos de carne y hueso, podría muy bien aparecer como subtítulo del libro. En el prefacio, una advertencia esencial: "*Es evidente, pero muy frecuentemente olvidado, que la ciencia es hecha por hombres (...) Este libro versa sobre el desenvolvimiento de la física atómica en los últimos cincuenta años, tal como el autor los vivió*" (op. cit., p.7). A lo largo de las 286 páginas de la edición brasileña, Heisenberg reconstruye los escenarios diversos al interior de los cuales fueron elaborándose importantes conceptos de la física y de la mecánica cuánticas: complementariedad, simultaneidad, probabilidad, incertidumbre, entre otros. Las largas conversaciones entre Niels Bohr, Carl Friedrich, Otto Hahn, Paul Dirac y otros científicos, en diversos lugares, dejan entrever los escenarios afectivos que están en la base de la construcción de la ciencia. Una intersubjetividad explícita puede ser desprendida de la lectura de ese libro. Una crítica aguda a lo que se considera, en la ciencia positivista, como "objetivo" y "subjetivo", aparece en varios momentos de reconstitución de la narrativa de la nueva física, en *La parte y el todo*. Para Bohr (1865-1962), "*Son realmente problemáticos los conceptos de "objetivo" y "subjetivo", que normalmente usamos con tanto desembarazo*" (BOHR apud HEISENBERG, op. cit., p. 126). Eso porque la interpretación de la realidad es emprendida por sujetos con valores y concepciones de mundo que se van consolidando por medio de sus experiencias. De ahí que, conforme relata Heisenberg, era muy difícil para Einstein aceptar la nueva teoría cuántica, aunque Bohr le había demostrando la persistencia del principio de incertidumbre. Ese hecho llevará a Heisenberg a afirmar: "*Comprendí cómo es difícil para alguien renunciar a una actitud en que se*



basan todo su abordaje y toda su carrera científica. Einstein dedicará la vida a investigar el mundo objetivo de procesos físicos que tienen lugar en el espacio y en el tiempo, independientes de nosotros, de acuerdo con leyes exactas" (HEISENBERG, 1996, p. 98).

Ampliando el elenco de pensadores que se colocan a favor de una ciencia de la integridad, cito una referencia más. La indisociación entre valores personales e interpretación de los fenómenos es el centro de reflexión de Ilya Prigogine (1917-2003) en el artículo *Ciencia, razón y pasión*, del libro que lleva el mismo nombre (2001). Incluso sin hacer referencia a David Bohm, Prigogine añade elementos nuevos y, a mi juicio, más pertinentes, como la noción de *infra-estructura tácita de ideas y conceptos*. Para él, el papel desempeñado por la forma de pensar del científico, por la emoción, por la pasión y, *"en términos más generales, por elementos irracionales"* es un asunto de gran importancia que no debemos descuidar. *"A primera vista"*, dice él, *"parece que estamos tratando una paradoja. La ciencia, por definición, ¿no se sitúa más allá de la pasión, incluso más allá de las necesidades más preeminentes de la sociedad? Era así que pensaba Einstein; como sabemos, él esperaba que los científicos pudiesen emplearse como faros"* (op. cit., p. 89). Al problematizar y discutir la relación estrecha entre el estilo psíquico del sujeto y sus interpretaciones de los fenómenos, el artículo presenta una síntesis arrojada de la presencia de la emoción en la construcción de los conceptos y macro-interpretaciones de los fenómenos. Afirma Prigogine que la ciencia es la expresión de una cultura, siendo "difícil definir sus fronteras", y que "la naturaleza no es un dado, implica una construcción de la cual nosotros formamos parte". Con base en esos postulados, el autor discute el hecho de que aceptar el determinismo o la irreversibilidad del tiempo es más que el resultado de una manipulación de datos objetivos. Ello dado que son las actitudes cognitivas vivenciadas y consolidadas por los científicos las que se proyectan en los enunciados,

demostraciones, interpretaciones. Verdaderos procesos de racionalización, por así decir. En otras palabras, por creer en la separación entre el sujeto y el mundo y, por consecuencia, por concebir los fenómenos físicos como objetivos es que Einstein se opondrá a la idea de irreversibilidad del tiempo. Argumenta Prigogine que eso se debe a la *"personalidad de Einstein"* que ilustra *"el conflicto entre razón y pasión, mejor que nadie. Él intentaba eliminar, a todo costa, el tiempo como irreversibilidad de las ecuaciones fundamentales de la física. Sabía muy bien, como todos nosotros, que estaba envejeciendo día tras día. ¿Qué significaba para él decir que el tiempo es una ilusión?"* (PRIGOGINE, 2001, p. 94).



Por medio de relatos singulares, Prigogine habla de la "actitud básicamente pesimista de Einstein en relación a los problemas existenciales. Él era un hombre muy solitario y reconocía poseer pocos amigos y pocos alumnos. Llego igualmente a afirmar que: *"su relación con sus esposas era difícil"* (op. cit., p. 95). No es, pues, de extrañar que ese físico comprendiese el mundo por la óptica determinista y tuviese, en la ciencia, *"una manera de escapar de la condición humana y contemplar los esplendores de la razón que actúa en la naturaleza"*, según lo relata Prigogine (idem). Ese deseo de hacer de la ciencia una redoma para protegerse del mundo y explicitada por el propio Einstein en una cita hecha por Prigogine: *"Uno de los motivos más poderosos que lleva a las personas*



al arte y a la ciencia es el deseo de salir de una existencia monótona como sufrimiento y vacío desesperador, para escapar de la esclavitud de los deseos personales que cambian todo el tiempo" (EINSTEIN *apud* PRIGOGINE, op. cit., p. 95).

Diferente, y a la vez opuesta, es la actitud de Ilya Prigogine. Creyendo en las bifurcaciones, cambios de camino y eventos imprevisibles, el belga-ruso, Premio Nobel de Química de 1977, se decía optimista y creía que las acciones individuales son cruciales para los cambios de la historia y la cultura. Tal vez, por eso, él infiriese de su concepto sobre la *irreversibilidad del tiempo*, el espacio de libertad de los sujetos para transformar la historia. La idea de que "el futuro está abierto" coincide ciertamente con el estilo de pensar que se opone al determinismo, porque apuesta a la creatividad humana como capaz de inaugurar nuevos eventos y cambios de ruta. En la *Carta para las futuras generaciones*, dirá que "los dados no fueron lanzados y que el camino a ser recorrido después de las bifurcaciones incluso no fue escogido. Estamos en un período de fluctuación en el cual las acciones individuales continúan siendo esenciales" (op. cit., p. 19). Lejos de cualquier determinismo, afirma que "*compete al hombre tal cual es hoy, con sus problemas, dolores y alegrías, garantizar que sobreviva en el futuro. La tarea es encontrar la estrecha vía entre la globalización y la preservación del pluralismo cultural, entre la violencia y la política, y entre la cultura de la guerra y de la paz*" (op. cit., p.20).

Esas consideraciones propositivas de Prigogine demuestran una práctica noológica que no se aparta de las contingencias éticas del sujeto en su singularidad. Tales argumentos están en sintonía con sus experiencias intelectuales que totalizan y religan la cultura científica y la cultura humanística. Al hablar de su adolescencia y formación intelectual, expresa sus actitudes interrogativas delante incluso de axiomas que eran tenidos como incontestables. Lector ávido de Henri

Bérgson, mantuvo en su mente el famoso pronunciamiento de ese autor - "el tiempo es una invención o no es nada" - para, posteriormente, "sin tomar consciencia plena", cuestionar "una ciencia en que el tiempo es solamente una ilusión". Prigogine revela incluso: "Encarando el mismo dilema (de Bérgson), re-actué de forma diferente" (op. cit., p. 97). El papel constructivo de situaciones fuera de equilibrio (por tanto, situaciones complejas como ocurre en ciertos fenómenos físicos, en la cultura y en la historia) acabará por constituirse en la llave del pensamiento prigoginiano; un pensamiento que interroga las tendencias pre-establecidas, pone luz en la creatividad y la singularidad de las acciones de los sujetos en el mundo. Esa forma de pensar la física, la cultura y la historia sólo podría ser expresada por un sujeto afecto a las amistades e insatisfecho con los rumbos de la cultura de la violencia; amoroso, generoso y, sobre todo, presto para hacer elecciones éticas. Un optimista, nunca un dimisionario. Un sujeto entero y activo, nunca una marioneta que dirige una historia ya lista y dirigida por un demiurgo invisible. Incluso: esa forma de concebir una ciencia subjetivada inunda la escritura de gran parte de la obra de Prigogine, como si fuese para ejemplificar el argumento, según la cual 'escribir es inscribirse'. La expresión que le fue atribuida por los químicos - el "poeta de la termodinámica" - ciertamente anuncia, con justicia, la narrativa estética de la ciencia en la gramática prigoginiana.

Junto a los nombres de Ervin Schödinger, Albert Einstein, David Bohm, Werner Heisenberg e Ilya Prigogine, otros tantos podrían incorporarse al conjunto de sujetos-autores que dejan entrever cuánto la narrativa de la ciencia contiene idiosincrasias, humores y subjetividades. Haremos solo una referencia más. Michel de Montaigne (1533-1592) es un buen ejemplo. Las palabras de Sérgio Milliet, en la primera página del prefacio del Tomo I de sus Ensayos (1987) son claras a ese respecto: "Partiendo del estudio de sí mismo, de 'un hombre', alcanza el ensayista el conocimiento 'del



hombre". El prefaciador hace alusión al "tono de absoluta sinceridad de los Ensayos", que permite comprender la naturaleza egocéntrica de todo conocimiento, superlativa en la escritura de Montaigne. *"Si se refiere al amor, es de sus aventuras que parte; si habla de la amistad, es en función de las que tuvo; si analiza el matrimonio, al suyo propio se atiende"* (op. cit., p. XII). También el prefacio al Tomo II, suscrito por Pierre Villey corrobora una escritura viva del sujeto. Para Villey, *"los Ensayos de Montaigne son las experiencias a que procede su juicio. Cuando dice, hablando de su libro: ahí en mis Ensayos, eso significa: a propósito de todos los asuntos que ventilé que me propuse a mi mismo ofrecer a ustedes una opinión personal"* (op. cit., p. 4). Continúa Villey, a propósito de Montaigne: *"Él quiere que lo vean (en su libro) sencillo, natural, sin artificio; en su modo de ser; porque es a sí mismo que pinta. Sus defectos allí se ven por entero, descritos con la sinceridad que el decoro permite"* (idem).



Es comprensible que las centinelas de una ciencia de la racionalización vean con extrañeza, y a veces incluso con repudio, una expresión de Montaigne ya consagrada: "Así, lector, soy yo mismo la materia de mi libro". Entretanto, bien vistas las cosas, ¿quién, en el lugar de cada uno de nosotros, piensa por nosotros, significa por nosotros, interpreta por nosotros? ¿No son nuestras experiencias cuando tornadas conscientes - sean ellas materiales, fenoménicas o noológicas - la

materia-prima de nuestras reflexiones? ¿No es por extensión, analogía, similitud u oposición a nuestras experiencias que construimos conocimiento y ampliamos lo que parece ser individual y absolutamente singular?

Dos autores, un filósofo y un etólogo, redimensionan las reflexiones aquí colocadas en rellanos epistémicos más consistentes y fundantes. Sin embargo, una alusión muy rápida a Merleau-Ponty y a Boris Cyrulnik comprometería la constelación argumentativa de sus ideas al respecto de la contingencia corporal del acto cognitivo, en el primer caso, y de la dinámica de proyección de la historia personal para comprender y significar el mundo, en el segundo caso. Siendo así, pasemos, a la segunda parte de este texto, contextualizando ahora el mestizaje entre sujeto y narrativa en la obra de Edgar Morin (1921).

EDGAR MORIN: "¿por qué hablar de mí?"

Es sin duda Edgar Morin quien expresa con más exuberancia y radicalidad la indisociación entre sujeto y narrativa. Quien leyó los libros *El diario de California* (1973); *Vidal e os sus* (1994); *El diario de China* (inédito); *Mis demonios* (1996); *Un año sísifo* (1998); *Llorar, amar, reír, comprender* (1996); *El X de la cuestión: el sujeto a flor de piel* (2002), sabe bien de las desavenencias intelectuales, de los conflictos teóricos, de las alegrías, dolores, contratiempos, decepciones, lecturas seminales y casualidades que cercan su vida. Sabe bien de las condiciones de emergencia, metamorfosis y apareamiento de las nociones centrales y periféricas de las cuales se vale ese pensador para reorganizar el conocimiento en meta-niveles complejos.

Eso hace una diferencia crucial entre Morin y un estilo de intelectual que se muestra por la mitad. Leer los seis volúmenes de *El método*, libros densamente poblados de conceptos, nociones y



pensadores de diversas áreas del conocimiento, teniendo al lado el soporte o desvelamiento de las condiciones emocionales y políticas en las cuales él se encuentra inmerso, equivale a desacralizar la ciencia, a facilitar la comprensión de la lengua técnica, a destituir la falacia del poder de saber, envuelta por el velo de la obscuridad y de lo sagrado. Equivale, sobre todo, a reintroducir el sujeto en el conocimiento y el conocimiento en el sujeto. Incluso si consideramos sólo los *Métodos*, ellos están llenos de enunciados contaminados a veces de ira, a veces de afectos, a veces de perplejidades, a veces de incertidumbres.

Sea cual fuere el tono o la coloración de las iras y de los afectos que aparecen en su obra, es el sujeto, encarnado en las ideas, quien habla siempre. Y por entero. En *El Método 1* dirá, casi al final de la introducción: "*¿Por qué hablar de mí? ¿No es decente, normal y serio que, cuando se trata de la ciencia, del conocimiento y del pensamiento, el autor se apague atrás de su obra y se desvanezca en un discurso tornado impersonal? Debemos, por el contrario, saber que es ahí donde la comedia triunfa. El sujeto que desaparece en su discurso se instala, de hecho, en la torre de control. Fingiendo dejar un lugar al sol copernicano, reconstituye un sistema de Ptolomeo cuyo centro es su espíritu*".

Esas palabras sobre la comedia del intelectual que piensa proferir un discurso objetivo e impersonal exponen una concepción de narrativa de la ciencia que no es común y muchas veces es desautorizada por la 'policía del pensamiento'. Y, aun cuando Montaigne y algunos pensadores nómadas de la ciencia y de la filosofía se han ejercitado en una escritura donde el autor aparece es, sin duda, Edgar Morin quien inaugura una forma radical (y a la vez peligrosa), de exponer al intelectual por entero. En el *Método 6*, como si no bastase ese mostrarse por entero en los argumentos, el autor crea, por primera vez, lo que denomina *notas introspectivas*, lugar donde realiza su auto-análisis.

Es obvio que, a ese respecto, sus libros incomodan a la comunidad científica. Y mucho. Eso porque, de cierta forma, expone y desnuda pedazos de todos nosotros atrancados a siete llaves. Algunos de sus libros - sus diarios en especial - chocan incluso con los que conviven más de cerca con él. Cuanto más a los que, instalados en la torre de vigilancia cognitiva, aguardan una frase intempestiva o la descripción de un acontecimiento insólito para comprometer su imagen.

Ciertamente ese intelectual intempestivo sabe bien que su manera de ser y escribir le confiere un boleto de entrada a la arena donde están los leones hambrientos. Empero, no creo que se trate de una actitud excéntrica para direccionar las luces del palco para sí. Es más adecuado afirmar que se trata de 'la vida en las ideas y las ideas en la vida', como dice él, y de hacer de los textos un telar (tapiz) en el cual el intelectual está tejido por entero, aunque no por completo. "*Mi vida intelectual es inseparable de mi vida... no solo de aquellos que tienen una carrera, sino de los que tienen una vida*", dirá en varios de sus escritos. Ese estilo cognitivo que combina vivir y conocer puede ser destacado como uno de los hilos centrales que tejen el itinerario del pensamiento y la obra de Edgar Morin.



Para situar el énfasis dado al sujeto cognoscente y su relación con las experiencias que construye, es importante señalar que en *Mis Demonios* Morin habla de las obsesiones cognitivas con las cuales ha



convivido; cómo fue transformando en conocimiento sus emociones fundamentales, como ira, ternura, resistencia; y cómo esos sentimientos impulsarán focos importantes de su manera de ver/conocer/comprender el mundo. En los libros más afectos a la antropología, la política y la sociología y, sobre todo en los *Métodos 3, 4, 5 y 6*, argumenta fundamentalmente a propósito de la relación de indisociabilidad entre el sujeto que conoce y el fenómeno que quiere explicar, entender, comprender. Para él, el proceso cognitivo es la conjugación (en dosis siempre variadas, tanto a nivel individual, como colectivo e histórico) de tres dominios de habilidades que constituyen lo propiamente humano: pulsión, razón y emoción. Es la conexión entre esos tres dominios que constituye una cierta estructura a partir de la cual los conocimientos acumulados y las informaciones que nos llegan son retotalizados, significados, comprendidos, avalados, juzgados. Sin tomar, no obstante, la experiencia vivida por el sujeto como la única y determinante manera de conocer, dice en el *Método 4* que "Ni la experiencia personal ni la ausencia de experiencia son decisivas". Para él, algunos pueden pasar por experiencias sin obtener lecciones, mientras que otros son capaces de "sentir, comprender y concebir" experiencias que no vivirán personalmente. Esa relativización del papel de la experiencia, lejos de corroborar la idea de un conocimiento que prescinde de la vida del sujeto, expone el problema de si se pone, o no, para sí, la experiencia vivida. Hay además para Morin otros medios de accionar las proyecciones del sujeto que, en cierto sentido, representan experiencias no vividas directamente por él, como es el caso del papel del cine. Por medio de los procesos de identificación y proyección, un filme permite potencializar estados de ser que se encuentran adormecidos por la racionalización, para Morin una patología de la razón.

Por medio de varios artificios y reflexiones, Edgar Morin va, poco a poco, desnudando para sí y sus lectores de los hilos que ligan diversos eventos de

su vida con los temas de los cuales se ocupa en sus obras. El trauma provocado por la muerte de su madre Luna, cuando tenía apenas nueve años, constituye para él un verdadero activador cognitivo de un proyecto de conocimiento que se consolidó, sobre todo en el libro *El hombre y la muerte* (1988). Más esa no es una referencia aislada. Su impulsiva militancia política, su desacuerdo con cualquier forma de crueldad humana, su cuestionamiento sobre los límites del perdón, traspasan conceptos, nociones, argumentos, interpretaciones y a la vez la propia concepción del método complejo.

Son sobremanera desafiantes las consideraciones hechas por el autor respecto de la construcción psico-cognitiva del sujeto de conocimiento. Ellas pueden ser retotalizadas si observamos, en el *Método 3*, el capítulo que el autor dedica a la 'existencialidad del conocimiento'. Allí, desmembrados en dos tópicos ('La psique' y 'Obsesiones cognitivas y alegrías de la certeza'), Morin dialoga con referencias del psicoanálisis (sobre todo con las ideas de Freud, Lacan y Bishot) y con los argumentos de la objetividad, de la certeza y de la verdad tan hartamente defendidos por el racionalismo. Discute un psicoanálisis del conocimiento, habla de las psicosis que "determinan visiones de mundo específicas e imponen sentidos a las informaciones, acontecimientos, situaciones". Sea en su forma 'maníaca' o 'esquizofrénica', esos estados de ser parasitan y modelan interpretaciones marcadas ya por la exageración racional de la coherencia, ya por la exageración de concebir las contradicciones y las incertidumbres. De forma contundente, muestra cómo la obsesión por la certeza y la verdad son una respuesta a la 'ansiedad vital'.

Es importante sintetizar algunas de las puntas del hilo que permiten a Morin caminar por el laberinto del conocimiento y tejer su itinerario intelectual: en primer lugar, un mestizaje entre vida y obra; en segundo lugar, una apuesta en el sujeto, lo que significa señalar la inseparabilidad entre sujeto y



conocimiento; en tercer lugar, una apuesta fundamental concerniente al conocimiento del conocimiento, lo que supone un psicoanálisis del conocimiento.

POR UNA EDUCACIÓN DE LA INTEGRIDAD

Los argumentos, circunstancias y reflexiones expuestas anteriormente y, sobre todo, las referencias hechas a Edgar Morin permiten destacar una de las proposiciones fundamentales del pensamiento complejo, esto es, la implicación del sujeto en el conocimiento. De esa proposición, se puede inferir, por consecuencia, la implicación del autor en la narrativa. Se trata en verdad de: a) tomar consciencia de esa implicación; b) relativizar el sentido de objetividad pretendido por la ciencia, tanto cuanto reducir el sentimiento de verdad absoluta; c) ampliar los diálogos intersubjetivos entre investigadores, a modo de consolidar una ecología de las ideas que garantice la singularidad y la diversidad de las narrativas de la ciencia.

Cobra sentido propugnar por una ciencia de la integridad, supone igualmente lanzar las bases para una educación que facilite la integridad del sujeto. Así, es importante redireccionar los horizontes pedagógicos y educacionales, con vistas a la autoformación de sujetos que se sientan autores de sus narrativas. Concibiéndose como constructores de la realidad, los investigadores son sin duda responsables por el discurso proferido y por la narrativa construida. Desde esa perspectiva, la narrativa subjetivada y una ciencia de la integridad caminan lado a lado con una ética de la responsabilidad del científico-educador.

Una agenda a ser permanentemente revisada o ampliada podría constituirse en un primer paso en dirección a ese horizonte. Algunas sugerencias:

1. Diseminar y discutir, con nuestros alumnos, libros, textos o artículos que desacralicen la ciencia y las teorías; que muestren el contexto, las contradicciones y las singularidades de la

vida de los autores consagrados y comprendidos como super-hombres; que destaquen la relación de proximidad o lejanía entre autor y obra, autor y tiempo histórico.

2. Problematizar la separación entre obras teóricas, obras de divulgación y obras autobiográficas, a fin de considerarlas como esencialmente complementarias y no opuestas ni excluyentes.
3. A parte de la lengua escrita, hacer uso de filmes que contextualicen la vida de los científicos, compositores, escritores, tomando tales filmes como complementos de las obras escritas y no como meras ilustraciones.
4. Incentivar a los alumnos a una escritura que evoque la autoría de los argumentos y exprese la relación del sujeto con las palabras; que reduzca el mimetismo teórico y la repetición de lo que ya fue extensamente repetido; que apele para la creatividad y singularidad de las comprensiones sobre el mundo.

Esa agenda, a la vez que incompleta y provisoria, podría ayudar a deshacer el equívoco de una ciencia abstracta, impersonal, neutra y objetiva. Podría, tal vez, alimentar la auto-estima intelectual tan necesaria para la construcción de sujetos más vivos y autónomos, verdaderos artesanos del pensamiento, de la vida, de la ciencia y de la historia de cada día.





REFERENCIAS

BOHM, David. *Ciencia, orden y creatividad*. Lisboa: Gradiva, 1989.

EINSTEIN, Albert. *Como vejo o mundo*. Rio de Janeiro: Nova Fronteira, 1981.

_____. *Escritos da maturidade*. Rio de Janeiro: Nova Fronteira, 1994.

HEISENBERG, Werner. *A parte e o todo*. Rio de Janeiro: Contraponto, 1996.

MATURANA, Humberto. *A ontologia da realidade*. MAGO, Cristina; GRACIANO, Miriam; VAZ, Nelson (Org.). Belo Horizonte: Editora da UFMG, 1977.

_____. *Da biologia à psicologia*. Porto Alegre: Artes Médicas, 1998.

_____. *Emoções e linguagem na educação e na política*. Belo Horizonte: Editora da UFMG, 1999.

_____. *Cognição, ciência e vida cotidiana*. MAGO, Cristina; PAREDES, Victor. (Org.). Belo Horizonte: Editora UFMG, 2001.

MONTAIGNE, Michel Eyquem. *Ensayos. Vol. I e II*. Brasília: Editorial Universidad de Brasília; HUCITEC, 1987.

MORIN, Edgar. *El diario de California*. Madrid: Editorial Fundamentos, 1973.

_____. *Vidal e os sus*. Lisboa, Portugal: Instituto Piaget, 1994.

_____. *Mis Demonios*. Rio de Janeiro: Bertrand Brasil, 1997.

_____. *Un año sísifo*. Lisboa, Portugal: Europa-América, 1998.

_____. *Llorar, Amar, Reír, Comprender*. París: Arléa, 1996.

_____. *El hombre y la muerte*. Río de Janeiro: Imago, 1997.

_____. *El método (vol. 1 a 6)*. Porto Alegre: Editora Sulina.

PRIGOGINE, Ilya. *Ciencia, razão e paixão*. (Org. Edgard Assis de Carvalho e Maria da Conceição Xavier de Almeida) Belém: EDUEPA, 2001.

SHIVA, Vandana. *Monocultura da mente - perspectivas da biodiversidade e da biotecnologia*. Son Paulo: Editora Gaia, 2003.

SCHRÖDINGER, Ervin. *O principio da objetivação. In: O que é a vida? O aspecto físico da celular viva. Mente e matéria e fragmentos autobiográficos*. Son Paulo: Fundação Editora da UNESP, 1997.

